Umbrales de Michoacán
Regiones fronterizas y límites territoriales

Octavio Augusto Montes Vega
Carlos Herrejón Peredo
Editores

El Colegio de Michoacán

UMBRALES DE MICHOACÁN

Regiones fronterizas y límites territoriales

Octavio Augusto Montes Vega
Carlos Herrejón Peredo
Editores

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Introducción
Octavio A. Montes Vega
Carlos Herrejón Peredo 9

La región del Lerma Medio como un umbral estratégico durante el epiclásico
Eugenia Fernández Villanueva M. 19

La tierra caliente del Balsas Medio y el uso de sus materias primas en la época prehispánica
Francisco Antonio Aguilar Irepan 35

La Frontera Septentrional Mesoamericana. ¿Una frontera inexistente?
Juan Rodrigo Esparza López 59

Historia de un umbral ignoto. La Tierra Caliente del Medio Balsas: Michoacán y Guerrero
Octavio Augusto Montes Vega 75

El límite oriente de Michoacán. La transformación de una región plural
José Eduardo Zárate Hernández
Sara Raquel Baltazar R. 115

La introducción de la energía eléctrica en el umbral La Piedad-Pénjamo hacia el siglo XX
José Alberto Aguirre Anaya 153

Fronteras que se desdibujan, recursos que se transfieren. Los espacios locales y regionales en el contexto nacional
Octavio M. González Santana 175

Mariacheros en el umbral de Jal-Mich y Colima
Álvaro Ochoa Serrano 197

Umbral ambiental, responsabilidad compartida. El río Lerma en la confluencia territorial de Michoacán, Guanajuato y Jalisco
Ángeles Alberto-Villavicencio 219

Los umbrales del mueble ocotlense. Origen y consolidación de una industria local de base regional
Leticia Isabel Mejía Guadarrama 259

Repensar los umbrales y sus efectos hacia "el centro". A manera de conclusión 293

Bibliografía general 297

Índice toponímico 325

LA FRONTERA SEPTENTRIONAL MESOAMERICANA
¿Una frontera inexistente?

Juan Rodrigo Esparza López[1]

El concepto de frontera resulta siempre un tema álgido y todavía poco entendido en el estudio de las sociedades vivas o muertas. Limitado y descrito por cuestiones naturales, culturales o ideológicas conlleva a una reformulación de su proceder y su juicio de origen. En esta ocasión, nos interesa defender y discutir las perspectivas actuales sobre lo que atañe a la relación de lo que también se ha llamado "La Frontera Septentrional" o los límites más norteños del área mesoamericana con Aridoamérica o la Gran Chichimeca, el nombre varía de acuerdo con los distintos autores que las han estudiado. Bajo un esquema diferente del propio determinismo cultural de la típica arqueología mexicana, pretendemos explicar y confirmar un proceso que demuestra que la interlocución entre sociedades de cazadores-recolectores y sociedades establecidas (agricultoras) va más allá de una separación como frontera inventada de acuerdo con los cambios del ambiente, la tecnología o el propio desarrollo unilineal. Es decir, las características tecno-sociales que las diferencian no son prueba de una separación, sino al contrario, existe un contacto y relación más fuerte de lo que a veces se piensa y sobre todo lo podemos constatar mediante las evidencias arqueológicas reconocidas, por lo que podríamos admitir la inexistencia de esta frontera septentrional.

En primer lugar, debemos sentar la base de lo que se entiende como frontera, es decir un espacio físico o no físico donde se interactúan distintas sociedades, culturas o procesos históricos. Si bien, desde un punto de vista onírico el crear una frontera constituye en sí una actividad humana específica, donde por diferentes razones se enfrentan la modelación y transformación de cierta actividad que puede ser de desarrollo o de dominio ante otro

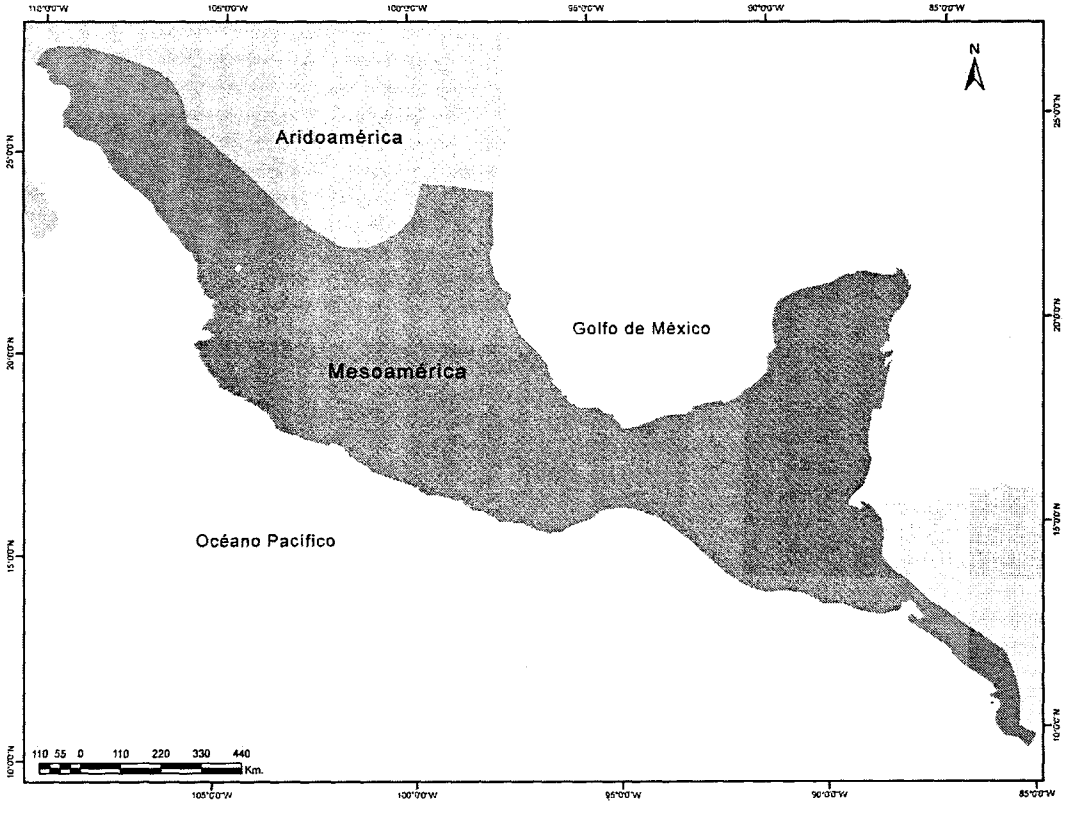
1. El Colegio de Michoacán-Centro de Estudios Arqueológicos.

grupo. La frontera se marca por la selectividad cultural de los pueblos o por los intereses de los grupos, lo que permite entender el cambio en la historia social desde distintas perspectivas (Fábregas 1997: 116).

También habrá que preguntarnos a qué responde el análisis de fronteras, según autores como Gonzalo Aguirre Beltrán (1982) y Andrés Fábregas (1997) el concepto de frontera permite analizar el cambio social y cultural, además del tecnológico que se filtran en la comparación entre distintos ritmos de transformación. En sí, un "cambio" es hablar también de un proceso social en el umbral del desarrollo que define sociedades y culturas. Pero, para que existan un cambio y una frontera debe haber una relación. Se necesitan dos grupos humanos para crear una frontera espacial o imaginaria, delimitando adentro y fuera un sistema local que sería nuestro objeto de estudio. Y en esta perspectiva, todo grupo o todo pueblo reconocen que existen límites. Es decir, nosotros mismos creamos este ejercicio para saber hasta dónde llega este sistema social o cultural que permite fijar posturas y estructuras de comparación.

Sin embargo, la idea de establecer líneas divisorias condujo a que en nuestro presente se crearan delimitaciones que por ideas difusionistas o nacionalistas confundieran el desarrollo de las distintas sociedades en el territorio mexicano. La idea típica de enmarcar el desarrollo histórico de un país de manera unilineal, donde únicamente exista un solo origen y sobre todo el delimitar el estudio a ciertas áreas geográficas contribuyó en su momento para entender lo complejo y diferente que pudo ser. Sin embargo, al paso del tiempo, estas limitaciones contradijeron a la misma historia y a la representatividad de un mundo más global. En sí, nos referimos en primera instancia a los postulados de Paul Kirchhoff de 1943, con el concepto de Mesoamérica. Su frontera al norte formada por los ríos Lerma y Pánuco separaba supuestamente a los pueblos nómadas de la zona árida de los pueblos sedentarios del centro y sur de México, así apareció la frontera septentrional de Mesoamérica constituida por el lado mesoamericano por una economía basada en la agricultura desarrollada, con actividades de arquitectura especializada y con una estructura sociopolítica avanzada (mapa 1). Por otro lado, la región conocida como Aridoamérica es característica, como su nombre lo señala, de tierras semiáridas, donde de manera común habitan pueblos seminómadas o nómadas, donde supuestamente la mayoría del tiempo estaban en busca de agua y a la defensa de ataques de otros grupos (Kirchhoff 1967).

Mapa 1. *Mesoamérica* de Paul Kirchhoff, la línea divisoria entre Aridoamérica y Mesoamérica es lo que se le ha denominado la Frontera Septentrional Mesoamericana



Fuente: Mapa elaborado con base en el que desarrolló Kirchhoff.

La idea de Kirchhoff era crear un mapa delimitando a lo que le llamó los "rasgos culturales" que definían espacios sociales en el territorio mexicano, dados principalmente en el sentido arquitectónico, político, ideológico y social. Este difusionismo permeado con las ideas políticas de su tiempo enmarcó el trabajo del arqueólogo en conceptos como "provincia arqueológica" o "área cultural" con la idea original de entenderse entre colegas (Navarrete 1991: 43-44). Pero esta "Mesoamérica científica", como también le llamaron en su tiempo, protagonizó el sello más característico y menos modificado de la historia de la arqueología mexicana, un dogma que difícilmente alguien trató de cuestionar o retrabajar. Sólo algunos arqueólogos como Pedro Armillas alzaron la mano para discutirlo:

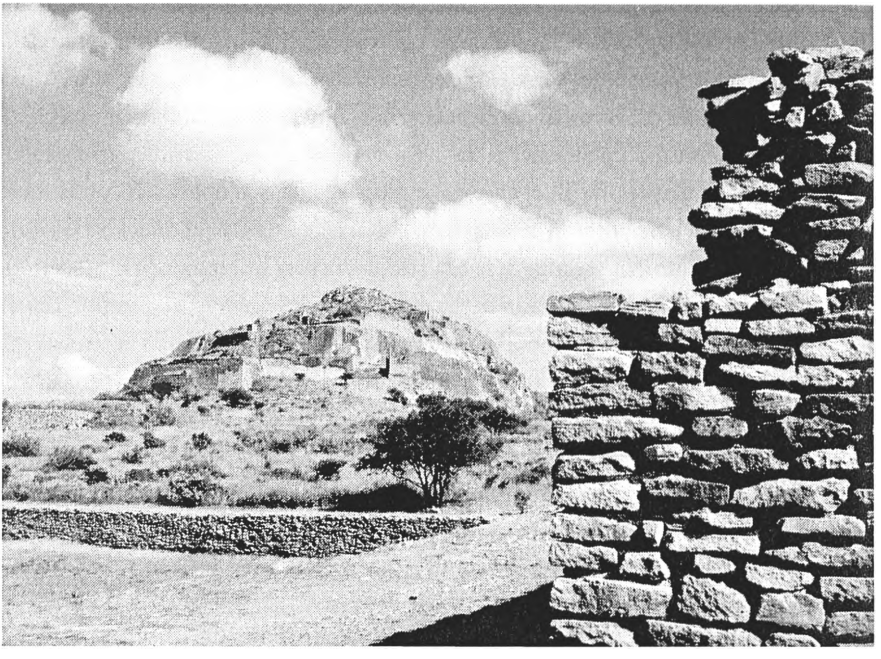
> Una sociedad no se define por una simple lista de rasgos, sino por la interrelación y dinámica funcional que dichos rasgos significan en la vida social. Kirchhoff sentó las bases para una discusión más amplia: su enlistado debemos considerarlo como hipótesis de trabajo y no hacerlo el mito que ahora es. (Tomado de Vázquez: 2003: 69).

Aunque sus palabras fueron fuertes y resonantes nunca tuvieron efecto en otros colegas, salvo para los oídos de Enrique Nalda, arqueólogo de origen español y siempre polémico, quien resaltó que Kirchhoff encontró la operatividad del concepto para sus indicadores y parámetros crono-regionales, pero también advirtió que restringió la posibilidad del desarrollo de proposiciones alternativas, es decir "pone límites irremediables a la investigación y la interlocución con otras áreas geográficas" (*ibíd.*, 2003).

Aviña (2013) comenta que este concepto de Mesoamérica nació bajo leyes deterministas ideales o materialistas unicausales demasiado especializadas para lo que pretendían realizar. Es decir, el marco en el que se manejaban los conceptos de un determinismo nacional radicaba en la forma en que estas nociones daban cuenta de la realidad nacional que se vislumbraba en la primera mitad del siglo XX, como es el caso de las diferencias sociales entre ricos y pobres, norte y sur de México, así como materiales culturales, que en sí proveían una faceta nueva en la antropología mexicana. Como es el caso de la década de los cuarenta cuando las características sociales se enmarcaban en los proyectos etnográficos:

> ...el objetivo de la descripción etnográfica, para, plasmar en escritura todas aquellas conformaciones que resultasen equívocas, a fin de intentar mejorarlas con la intromisión colonial... La construcción de una antropología que legitimó el colonialismo en sus distintas facetas. Contribuyó también a formar especialistas que, con buenas intenciones en la mayoría de los casos, describieron el estado de pobreza y de penuria en el cual estos grupos vivían en oposición con el mundo occidental, parcializaron el contenido de estas culturas para dilucidar las formas de actualizarlos, de sacarlos de la edad de piedra para insertarlos en la modernidad, en sí, para mejorar el ejercicio de los poderes locales, nacionales y transnacionales, para posibilitar formaciones políticas y económicas que otorgaran lugares de privilegio y poder a unos cuantos grupos, que en la actualidad van más allá de las propias naciones y grupos étnicos de adscripción originaria (Pérez-Taylor 2002: 10, 11).

Con ello queremos decir que más allá de un determinismo ambiental y tecnológico, la frontera norte de Mesoamérica es más abierta de lo que se pensaba en su momento de creación. En este sentido, las investigaciones que ahora se conocen sobre una comunicación constante entre Mesoamérica y Aridoamérica o viceversa y de Occidente a Oasisamérica o la Gran Chichimeca como quiera verse, necesita reescribirse y acabar con la idea de una separación que sólo ha servido para coartar las redes comerciales y de intercambio cultural. En este sentido Phil Weigand desde la década de los sesenta, nos ha presentado algunas claves para comprender y entender que en realidad lo que conocemos como esta frontera septentrional no existía, sino es más bien una invención clara de un determinismo cultural que ha traído más problemas que soluciones al desarrollo cultural humano entre los pueblos cazadores-recolectores y agricultores, que en sí, comparten muchas cosas en común y esta relación la podemos ver en distintos sitios arqueológicos como son La Quemada y El Teúl en Zacatecas; Ferrería en Durango; Casas Grandes en Chihuahua, los pueblos indios de las culturas hohokam y anazasi, hasta un nexo aún más allá en sitios como Cahokia en las estribaciones del río Mississippi (fotografía 1). Todos estos lugares tienen un componente de interrelación que trasciende las culturas de Aridoamérica, una recurrencia importante en entender las dinámicas políticas fuera de una frontera cultural.



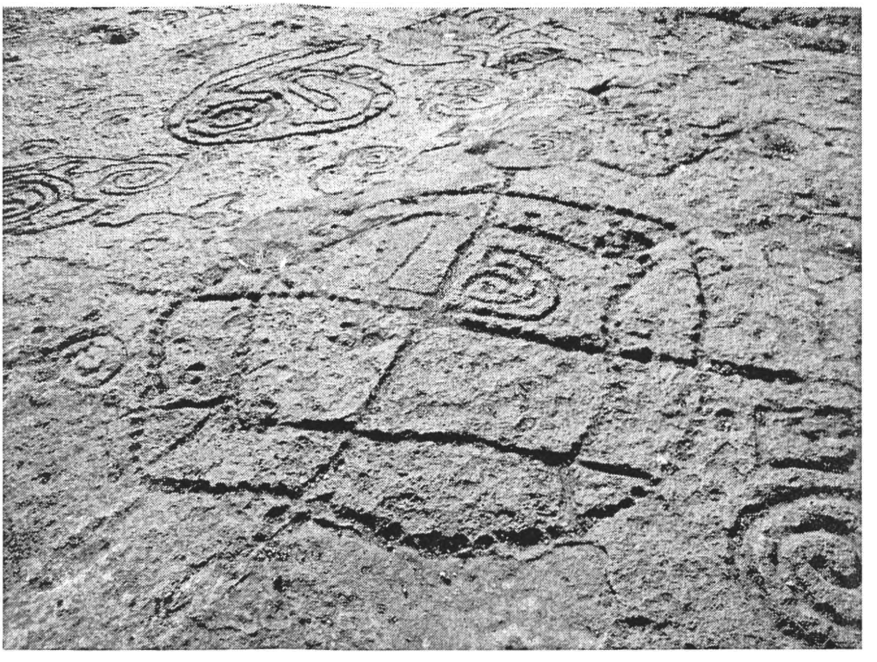
Fotografía 1. Sitio arqueológico de La Quemada, que cuenta con características muy mesoamericanas, principalmente en la conformación de basamentos piramidales, templos y juego de pelota (Fotografía: Rodrigo Esparza).

Ése hecho está basado en la evidencia empírica o arqueológica, es decir, reconocemos los contactos y migraciones por medio del registro arqueológico y etnoarqueológico, por ejemplo algunos siglos antes de la era cristiana el cultivo del maíz penetró desde el centro al norte de México y posteriormente a Nuevo México, Arizona y California (Hers 2001). En estas áreas los investigadores también han encontrado cerámica y pequeñas esculturas de piedra que datan del primer milenio después de Cristo. El cultivo del algodón fue otro desarrollo asimilado desde las tierras cálidas de los actuales estados de Guerrero, Tlaxcala o Estado de México, pero perfeccionado para climas desérticos. Los hohokam y anazasi de Arizona, así como los hopi y los pueblos indio tuvieron un planeamiento de sus ciudades y juegos de pelota que se remontan hacia el 800 d.C. Es decir, hay una tradición arquitectónica

mesoamericana muy clara en el urbanismo incipiente de sus grandes ciudades con características estratégicas y de culto como eran los templos y juegos de pelota.

Un notable descubrimiento arqueológico en el área Hohokam fue una escultura muy similar a un Chacmool de los templos toltecas, al igual que otro hallado de la cultura Chalchihuites en el Cerro del Huistle (Hers 1989). Además, es sabido que la gente que habita las zonas desérticas del norte son excelentes artesanos y especialistas en el arte plumario; así ocurrió en el caso de la granja de aves encontrada en Paquimé por Di Peso, aunque éstas provenían de lugares tropicales (Di Peso 1974). La gran variedad de cerámica polícroma hallada en Casas Grandes en Chihuahua y en otros lugares atestigua el alto grado de refinamiento de los habitantes de estos parajes norteños, cuyos diseños sin embargo, son muy similares a los hallados en Occidente y el Bajío mesoamericano como el caso de Loma Santa María, en Morelia y en la Cuenca de Zacapu, Michoacán (Carot 1992). Y no han sido los únicos hallazgos, podemos comparar otros ocurridos en occidente como los metates zoomorfos hallados en la presa del Infiernillo entre Guerrero y Michoacán, donde según el autor, estos objetos son similares en cuanto a forma y estilo a los encontrados en las culturas hohokam y anazasi (Maldonado 2002: 151). Además está la tradición orfebre que nació al parecer en Michoacán o Guerrero con objetos de cobre nativo y algunas aleaciones de cobre-arsénico o cobre-estaño que conforman cascabeles, agujas, pinzas, hachas, entre otros, que también se han localizado en sitios del suroeste americano y noroeste de México. Todos estos materiales prueban la existencia de intercambios entre Aridoamérica y Mesoamérica por más de 2000 años.

Además, los etnólogos han hallado una clara relación entre deidades del norte y deidades mesoamericanas, tales como los katsinas y la efigie de Tláloc, la serpiente emplumada con Quetzalcóatl, por poner unos ejemplos. En lo que respecta a los cuadrantes calendáricos cósmicos, los cuales están asociados con colores diferentes, es también común en las dos regiones, así como ciertos rituales de fertilización y ofrendas. En los últimos años también han aparecido una gran cantidad de marcadores solares, muy similares a los que aparecen cercanos a la pirámide del Sol en Teotihuacán, para la fase Tlalmimilolpa, es decir, hacia el 200 d.C.. Estos marcadores solares empezaron a aparecer por el occidente y norte de México, en los estados de



Fotografía 2. Marcador solar del sitio arqueológico Presa de la Luz, municipio de Jesús María, Jalisco. Este tipo de marcadores solares se han encontrado en un corredor que va del centro de México hasta el suroeste de Estados Unidos.

Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Zacatecas y Durango, donde se puede ver una trayectoria continua hasta parar en los pueblos indios de Norteamérica (Hers y Flores 2013; Esparza y Rodríguez 2013) (fotografía 2).

Por otro lado, en el ámbito de la lingüística se interrelacionan perfectamente las ramas norteñas y del centro. La glotocronología muestra que la rama Uto-Azteca empieza a expandirse en el tercer milenio después de Cristo en áreas no muy alejadas del borde actual entre Arizona y Sonora. Muchos de estos grupos que hablan Uto-Azteca se establecen en el suroeste americano, y otros penetran al noroeste y centro de México. Las lenguas incluyen el luiseño, cupeño, mono, y otras de California. El hopi y el papago en Arizona; y otros grupos en Nuevo México lo mismo que en México como el opata,

yaqui, tarahumara, tepehuan, cora y huichol. El nahua sobresale porque se asentó en Durango, Zacatecas y Sinaloa y hacia el centro de Mesoamérica y otras regiones del sur. Y no debemos olvidar que hay hablantes de lenguas no uto-aztecas, tales como la familia athabascan (navajo y apache) y la familia hokan (cocopa, seri y varias ramas de pai).

Como vemos la lingüística ofrece otro panorama de interrelación mediante hablantes uto-aztecas, desde el suroeste de Estados Unidos hasta el centro de México. Mucho de lo que es este panorama se lo debemos a las rutas de comercio que contribuyeron a la expansión cultural y reconocimiento de las tierras norteñas. La circulación de bienes comenzó una nueva forma de conexión, que puede ser vista como en un discurso disimbólico que ocurre entre centros cosmogónicos o ceremoniales. Es decir, los centros distantes, percibidos como lugares de origen, pudieron haber sido registrados como sitios de conocimiento esotérico. Como Ben Nelson sugiere, los conocimientos esotéricos son una expresión dada por medio de los materiales y las redes formadas para crear y trasmitir dichos objetos. Estos últimos técnica y estéticamente complejos son imbuidos con significados mediante referencias a la distancia, la antigüedad y la durabilidad. Los nexos sociales entre los centros cosmogónicos establecieron líneas de comunicación artística combinando patrones que representan las tradiciones y objetos míticos. Por ejemplo, en el caso de la turquesa que fue usada como adorno tanto en el suroeste como en Mesoamérica en ciertas ocasiones pudiera haber suplantado al jade como una piedra preciosa durante el Posclásico Tardío de los mexicas.

En este sentido, buscamos revalorar el fenómeno de frontera como cultural y no cartográfico o tan sólo como un límite que supuestamente está determinado por cuestiones geográficas o físicas, con contenidos que rayan en lo nacionalista o historicista. Nuestro interés entonces es crear un ejercicio en el cual se reconozcan el propio contenido lejos de todo determinismo materialista, tecno-económico, militarista e idealista, por ende necesariamente libre de todo convencionalismo académico ideológico-nacionalista. Es un movimiento epistemológico en el que se pretende de una manera científica y con un mayor número de evidencias empíricas crear teorías de mayor peso multidimensional.

Del determinismo al conceptualismo, ambigüedades creadas

Cuando Paul Kirchoff considera que la creación de lo mesoamericano repercute inconscientemente en un determinismo palpable hasta nuestros días, en este plano, podemos observar por un lado la idea determinista de un territorio conformado por fronteras y a su vez por ríos que crean un espacio geográfico encerrado. Y a su vez lo retroalimenta con un determinismo tecnológico basado en la agricultura, que si bien constituye un paradigma para la creación y diferenciación entre sociedades, minimiza un campo mayor de posibilidades creadas en el entorno de estas características, como pudiera haber sido la lengua o los íconos sagrados, por poner un ejemplo.

Desde la revolución tecnológica de Childe vista desde una forma de pasar de un estrato a otro de manera lineal, se considera esta postura como evolucionista tal como la propuesta de Kirchhoff donde el fin último es el desarrollo urbano hacia la civilización (Aviña 2013: 21). De igual manera Harris (2006) postula que el determinismo tecnológico se refiere a las fuerzas que generan los cambios, es decir se forma una nueva organización social, que permite agruparlas en un mismo tipo y clasificarlas. Así dice Harris "que en la producción social, los hombres están sometidos a relaciones determinadas necesarias, independientemente de su voluntad, relaciones estas de producción que corresponden a un grado determinado de la evolución de las fuerzas productoras materiales" (Harris 1977). Así entonces, tenemos que argumentar que un estudio como éste debe de proponer una crítica que aporte algo nuevo al panorama que antes se tenía sobre la problemática de la frontera norte septentrional la cual, quizás en este texto se ha quedado corta, pero para un rigor científico de sus antecesores propondremos una nueva forma de entender este panorama. Sobre todo, no necesariamente quedarse en lo ideológico o político, sino que pueda existir una trasmutación desde lo económico como parte de lo que los sistemas mundiales habían expresado alguna vez, en cuanto a las esferas de interacción realizadas por intercambio continuo y predicho como parte de un esquema más global propuesto desde hace ya varios años por Wallerstein (2006) y Smith (2004), donde dicho cambio sea visto desde las primeras causas de desarrollo no por la abundancia sino también por la escasez como lo comentaba Bserup:

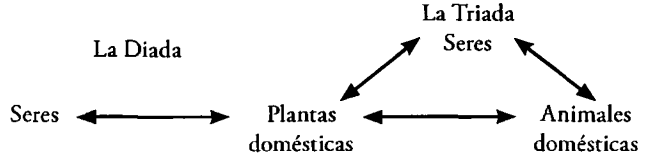
> impulsa la evolución cultural, no la abundancia de los recursos y el ocio, sino la escasez de aquellos, así como las presiones ecológicas en su conjunto... las sociedades con condiciones fáciles de suministro de comida se quedaron por lo general en etapas primitivas del desarrollo tecnológico e intelectual (Tomado de Boserup en Wiesheu 2002: 32, 33).

Por ende, si reconocemos ciertas diferencias entre el posible uso como referente geográfico y por otro lado un símbolo arbitrario por características no comunes, entonces podemos reconocer esta posición determinista, para crear una complejidad inexistente, al final vemos que no hay una diferencia clara entre lo de Mesoamérica y Aridoamérica.

Por ello, debemos de inventar un plano mayor donde exista un marco de variables de correspondencia clara sobre las interconexiones sociales, con lo cual en dado momento podamos seguir progresando en una explicación de todo el territorio mexicano. Es decir, a México hay que entenderlo como un país con una multiculturalidad extensa, con diferentes orígenes y distintos fines o abandonos. Los rasgos culturales se quedan atrás y son en sí ahora sistemas abiertos no excluyentes.

En este sentido, retomaré el trabajo realizado por Phil Weigand, razonando estas cuestiones en el cual se atrevió a conformar un nuevo modelo retomado del viejo continente al que le llamó "ecúmene mesoamericano" (Weigand 2000). Es decir, se refiere a un antiguo sistema mundial compuesto por una serie de civilizaciones integradas e íntimamente relacionadas. Los animales y plantas en el viejo mundo constituyeron en su conjunto lo que él llama la base de la triada simbiótica en el dominio de la domesticación y, por lo tanto, en los órdenes sociales; todas las civilizaciones siguen la misma triada menos una, la de Norteamérica (Weigand 1992 y 1993). En esta ecúmene, compuesta de tempranas civilizaciones relacionadas e integradas, existió sólo una relación diádica entre los domesticados: las plantas y los humanos (esquema 1). Ciertamente, esta fue una relación dinámica y cambiante que mostró una extraordinaria flexibilidad y capacidad de adaptación a través del tiempo y en escenarios ambientales marcadamente diferentes. Esto es, se llevó a cabo una sobreespecialización de las técnicas agrícolas con las cuales compensaron la falta de animales de carga (como fue en el antiguo continente), pero este perfil que se repite desde la mitad de Estados Unidos. hasta

Etapas generales de la domesticación de animales



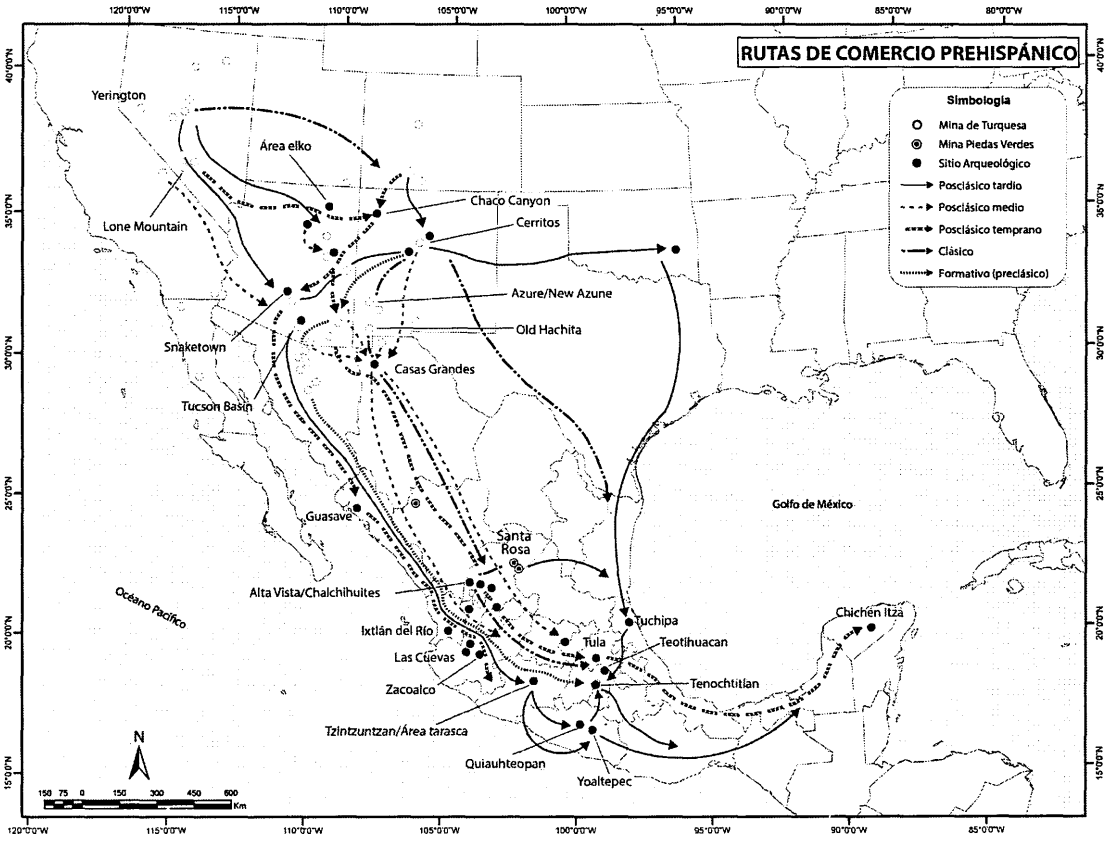
Esquema 1. La Diada y La Triada de acuerdo con los postulados de la ecúmene americana y europea. En el cuadro podemos ver la importancia de los animales de trabajo que dieron origen a una especialización y en cambio en América del Norte a una sobreespecialización en el trabajo agrícola (Tomado de Weigand 2009).

Centro América conlleva en sí a la formulación de lo que en su momento llamó Phil Weigand un "Ecúmene mesoamericano", podría llamarse más bien el *Ecúmene norteamericano*, donde están relacionados los pueblos del norte y centro de América (Sudamérica queda fuera porque tuvieron la ayuda de animales de carga como fue la llama) lo que conllevaría a una inclusión mayor con sistemas abiertos, como símbolos y acciones conductuales estructural e históricamente movibles.

Lo anteriormente expresado nos permite sustentar que el espacio no es un mero conglomerado de recursos naturales y rasgos culturales, sino una compleja red pluricultural de territorios relacionados entre sí, de formas culturales de apropiación del espacio en el que se combinaban distintas identidades.

Un ejemplo en el que podemos ver esa continuidad e interlocución con distintas áreas es el comercio de la turquesa, de la cual también Garmon y Weigand (1987) realizaron un elocuente estudio; además proponen un mapa de hacia dónde se dirigió la turquesa y sobre todo los puntos neurálgicos de esta red, que se extiende no sólo por todo Mesoamérica sino también por Aridomérica (mapa 2). Es decir, ahora consideramos un mundo más entendible, en el cual las fronteras que se pensaron poner dificultan ver estas relaciones.

Mapa 2. La ruta de la turquesa por toda la porción norteamericana
Weigand (2001); tomado de Arqueología Mexicana



Fuente: Este mapa se transformó del original (Weigand 2001) en las referencias de Santa Rosa debido a los hallazgos recientes.

Pero a su vez, estos contactos no habrían ocurrido si no es por una sobreespecialización de ciertas plantas que coadyuvaron para el desarrollo de comunidades complejas. Estos inicios de una agricultura dieron pie a que por los cambios climáticos, ocurrieron movilizaciones muy grandes desde los tiempos de los olmecas y que esta misma gente fundara nuevas villas o ciudades en terrenos fértiles con características tecnológicas propias del centro, como eran la coa y las terrazas de cultivo.

Vemos entonces que la conformación de un espacio mayor llamado Ecúmene americano, podría no sólo reconocer los contactos con grupos alejados sino también acabar con ciertos dogmas que nos persiguen todavía hasta nuestros días desde hace más de 70 años, como es el caso de las fronteras septentrionales; es decir, podremos reconocer que el área de influencia de ciertas culturas va más allá de las fronteras geográficas, políticas o ideológicas.

Caso particular, por ejemplo es el sitio de Cahokia, en el río Mississippi, donde encontraron algunas tablillas y figurillas hechas de barro donde claramente se pueden ver algunos rasgos del centro de México, de modo principal de uno de sus más importantes dioses, el dios pájaro, posiblemente una representación del dios Ehécatl o dios del viento (fotografía 3). Las tablillas encontradas con los tocados prominentes de nariz así lo manifiestan, como es el caso de otros hallazgos de figuras del dios pájaro en Occidente por Lumholtz a principios del siglo XX y por Weigand en la década de los setenta (Lumholtz 1903 y Weigand 1992).

Para concluir, debemos comentar que en nuestros tiempos cuando la universalidad y el mundo globalizado pide una relación más estrecha del individuo y la sociedad por medio de redes complicadas y de comunicación avanzada, hemos de revisar que son también como se mencionó al principio, ritmos de cambio que el mundo pide en todo sentido, aunque los ámbitos de cambio de la cultura suelen ser conservadores y lentos en cuanto a las relaciones sociales y más respecto a los dogmas del pasado. Abogamos entonces por las interconexiones sociales y culturales y su explicación. La interconexión mundial actual significa el paso de la microhistoria a la historia universal, pero sin menospreciar el ámbito local, ya que de ahí parten las delimitaciones para una universalización.

Fotografía 3. Figura del dios ehécatl de una vasija pseudocloisonné del Occidente de México (*ca.* 700 d.C.).